

como sucedió: avancé un poco entre ellos y me dirigí al mencionado López, diciéndole: ¿Qué hay coronel? este hombre nada me contestó, y aun observé que trató de ocultarse tras de uno de aquellos gefes ú oficiales: al pronunciar yo estas palabras, uno de ellos, el que, por el paso que yo habia dado quedaba á mi espalda, dijo en voz alta: «aseguren á este señor;» cuya órden ejecutaron unos siete ú ocho soldados que marchaban tras de ellos, y á los cuales yo no habia visto. Esta pequeña fuerza que fué la que me sirvió de custodia, me hizo avanzar de nuevo á la huerta, á unos veinte ó veinticinco pasos de la puerta, en donde nos establecimos. En estos momentos supuse que López, como yo, habia sido hecho prisionero; pero no dejó de llamarme la atencion que no lo dejaran, como era natural, conmigo, y verlo dirigirse de nuevo con aquellos oficiales al interior del edificio por otra puerta que está situada á unos veinte ó veinticinco metros á la derecha del «tambor» y por la cual se iba á las cuadras que ocupaban, la compañía de Zapadores y un piquete de Gendarmería, y tambien al interior de la obra de fortificacion que se estaba construyendo sobre el camino, á la salida de la plazuela de la Cruz.

Hal bria trascurrido poco mas ó menos un cuarto de hora, en cuyo tiempo tuve lugar de estar observando que algunos bultos que salian del interior y se dirigian á los trozos de infantería, ponian en mo-

vimiento estas fuerzas, haciéndolas avanzar al convento por sus dos entradas, y otra para un gran patio, al que se llegaba por una horadacion y que comunicaba por la parte Sur con la línea de San Francisco, y por la Norte á la parte baja del Hospital, que servia de alojamiento al tercer batallon, en los dias en que el número de fuerzas permitia al ejército tener un batallon de reserva; pero desde algunos dias atrás, solo servia para cuarenta ó cincuenta prisioneros que se habian dado de alta: como he dicho, habria trascurrido un cuarto de hora, cuando distinguí á muy pocos pasos del lugar en que se me tenia, á López que caminaba precipitadamente y con una voz demasiado fuerte decia: «Por aquí, mi general, por aquí.» Estas voces, como era de suponer, me causaron una grande alegría, pues repito creia á López prisionero, y pensando se hubiese escapado, me figuré que al general á quien gritaba López, seria al Sr. Castillo, á quien mostraba el camino por el que habia avanzado el enemigo; pero esta ilusion me duró bien poco, pues nada habia que confirmase mi creencia, y lejos de ello, pocos instantes despues me hicieron caminar hácia una plataforma construida en la barda izquierda, en donde me reunieron con siete ú ocho de mis compañeros prisioneros ya. Hasta que se verificó esta reunion, pude comprender cuál era la causa de todo lo que yo habia presenciado y que se ejecutaba con el mejor órden y gran silencio;

el por qué ninguna de las guardias habia disparado ni un solo tiro, siendo lo que mas llamó mi atención que la de la torre nada hizo para que pudiera comprenderse habia sentido aquel movimiento. Entre los prisioneros, cuyo número he indicado, se encontraban los comandantes de estas guardias, menos el de la torre, y cada uno fué refiriendo lo que López habia dicho al separarlos de sus puestos: (al del Panteon,) «*que un batallon del general Márquez, burlando la vigilancia del enemigo, habia penetrado á la plaza, y tropa de ese batallon era la que lo seguia para relevar la empleada en aquellos puntos, que debia incorporarse al suyo, pues se iba á emprender un movimiento á la madrugada.*» Al suboficial de artillería Ans, lo obligó á rozar su pieza hácia la Cruz, porque «*allí se habia sublevado una fuerza;*» lo retiró de aquel puesto é hizo prisionero, dejando una escolta que custodiase la pieza. En fin, cada uno de aquellos compañeros manifestó la manera con que habia sido reducido á la situacion de prisionero, siendo de notarse que López era el autor principal de estos hechos.

«*Todavía despues de esta conversacion, en momentos como aquellos, en que su solemnidad invita á decir la verdad desnuda, por estar todos en la firme persuasion de que era llegada nuestra última hora, pasaba una cosa que nadie podia explicarse. Por dónde habian entrado aquellas fuerzas que nin-*

guno habia sentido sino cuando estaban en el interior? Pero pocos instantes despues tuvimos la solucion de lo que parecia un enigma: la fuerza habia entrado por la cañonera de la plataforma adonde se nos condujo y por la que se nos hizo bajar para llevarnos al campamento enemigo: esta cañonera, que seguramente tendria dos metros de altura sobre el nivel de la calle, habia sido ensanchada, y con la tierra que se habia resbalado se formó una rampa que hacia el ascenso sumamente cómodo; debiendo advertir que esta plataforma, segun una autorizacion solicitada por el mismo López, debió estar cubierta por diez hombres de la fuerza de Yablouski.

«*Creo inútil repetir, que á medida que se nos iban incorporando los oficiales prisioneros, cada uno de ellos, sin excepcion, acusaba á López.*

«*El punto de Paté estaba cubierto por un batallon de la division de Riva Palacio, mandado por el teniente coronel Castañeda: ademas de esto, era allí el alojamiento del general Velez, y en él se encontraban enfermos el teniente coronel D. Amador Aranda, D. Salvador Osio, un jóven Espinosa de los Monteros y D. José Jimenez; á este alojamiento fuimos invitados á entrar el gefe de division de artillería, D. Antonio Salgado y yo, y un poco mas tarde el Dr. Martinez, gefe de la seccion sanitaria de nuestro ejército. Como era natural, la conversacion no roló sobre otro asunto que fuera ajeno al sitio de Que-*

retaro, y muy particularmente á los episodios de aquella mañana; entre aquellos señores no cabia la menor duda de que la Cruz habia sido entregada por López: se refirió allí « que poco despues de las cinco de la mañana, un oficial de los que habian marchado con el general Velez, habia ido á decirles *que ya estaban en posesion de la Cruz con toda su artillería, y prisionera su guarnicion;* que alguno de ellos dijo al citado oficial *¿cómo habia podido ser esto cuando no habian oido un solo tiro?* contestando entonces el interpelado: *« porque la ha entregado el jefe del punto, López, que es quien ha salido á recibirnos. Al principio temíamos todos que este infame tratara de traicionarnos; pero el general no es... tonto, y no se le ha separado un momento, con pistola en mano para levantarle la tapa de los sesos á la primera sospecha. »* que despues de este oficial llegaron otros varios dando nuevos detalles; pero diciendo todos que López habia sido el que cometió la traicion. Ademas de los señores que he citado, se encontraba el mayor de aquel cuerpo. La calificacion que todos aquellos señores hicieron de López ha sido nuestra primera venganza. Si necesario fuese, ni por un momento vacilaria en apelar al testimonio de los señores que he mencionado, porque son caballeros.

Lo declarado por el suboficial D. Alberto Ans, comandante de la pieza de artillería situada en la

cañonera abierta en el extremo de la barda de la derecha de la huerta, en direccion de la garita de México, es de una fuerza tal, que con solo esto podria probarse á López su culpabilidad. Se expresa así: « no sé exactamente qué hora seria; el cansancio me habia hecho dormir al pié del obús que mandaba en la huerta de la Cruz; el peloton de artilleros que servia la pieza se hallaba tambien durmiendo, excepto un centinela; sentí que me movian, desperté y vi al jefe del punto, coronel López: este señor me mandó que hiciera levantar á los artilleros y que volviese el obús á retaguardia, dirigiéndolo hácia el edificio, y diciéndome que esto era necesario, porque se habia sublevado una parte de nuestra tropa. No obstante que esta orden me sorprendió, la obedecí. Pasados algunos momentos me redujo á la condicion de prisionero un oficial que no conocí, y el que, acompañado de algunos soldados, se quedó custodiando la pieza y los artilleros. Mas tarde me condujeron á Paté, reuniéndome con otros de mis camaradas que se hallaban allí. »

El comandante del tercer batallon Márquez, D. Luis Echeagaray, dice: « mi batallon estaba de servicio la noche del 14 al 15 de Mayo, y solo habian quedado en los corredores del hospital de la Cruz unos cuarenta hombres, todos de los prisioneros que se nos habian dado para reponer las bajas, siendo esta la única fuerza que se encontraba disponible,

pues hacia ya cinco ó seis dias que no se quedaba en aquel punto la fuerza que conociamos bajo el nombre de «Columna de reserva,» á causa de la escasez de tropa. Entiendo que serian las cuatro y media de la mañana cuando entró á verme en mi alojamiento, situado frente al cuartel de la Cruz, uno de los oficiales de la guardia de prevencion de mi cuerpo, el teniente Molinares, quien me dijo: «señor mayor, parece que el enemigo está en la Huerta y el Camposanto. Al salir para trasladarme al cuartel, ví que una fuerza desconocida atravesaba de la gran flecha establecida al costado derecho del templo de la Cruz, dirigiéndose hácia las piezas de artillería que se hallaban en la plazuela, cerca de la entrada de mi cuartel.» Pregunté á Molinares, qué fuerza era aquella, y me contestó que le parecia del enemigo; de lo cual me convencí viéndola tomar la artillería. Al llegar á la puerta del cuartel, me encontré con el Sr. general Castillo, que venia seguramente de su habitacion, y entrando, vimos al coronel López que salia, despues de haber hecho que los cuarenta prisioneros de que he hablado, pusieran las armas á tierra, cuyas voces de mando, dadas por el mismo López, oí yo. El general Castillo preguntó á López: ¿qué sucede, coronel? este no contestó al general, y dirigiéndose á mí, me dijo: «salve vd. al general, ya todo está perdido;» entoncés le manifesté que iria á reunir algunas piquetes de mi batallon que cu-

brian la línea fortificada, para ver lo que podría hacerse;» «no, no, me dijo: que todo permanezca en el mismo estado.» Varios gefes republicanos á quienes no conozco, se encontraban allí, pistola en mano. Acudí á los puntos mas próximos donde habia fuerza de mi batallon, con objeto de recogerla; pero era imposible, pues López, á la cabeza de una columna enemiga y acompañado de esos mismos gefes, dirigiéndose á todos los puntos ocupados por nuestras tropas, las iba rodeando y desarmando. Creo que la confusion hizo que no nos tomasen prisioneros en el acto, ó quizá no lo hicieron así porque no se fijaron en nuestras personas; el caso es que seguí á López, quien con grande actividad ejecutaba las operaciones de que he hablado, hasta llegar á San Francisco, lugar en que lo dejé. Cuando bajaba yo hácia la plaza principal vi desfilar, siguiendo el mismo rumbo, los piquetes de exploradores de México, Húsares, escolta del Emperador y la pequeña fuerza que mandaba Yablouski. Los tres primeros piquetes fueron detenidos, cercados y obligados á echar pié á tierra entregando sus armas; pero la fuerza de Yablouski, á cuya cabeza iba él mismo, *victoreando á la Libertad*, pasó libremente; y volviendo á la derecha se dirigió hácia la Congregacion, donde fui hecho prisionero.»

Los Sres. general Monterde, coroneles Alegre y Peza, y teniente coronel Horta, afirman que al en-